

«Se fue lejos a una provincia apartada»
1ª Samuel 27- 2ª Samuel 2



El más conocido cuento corto de todo el mundo comienza con las siguientes palabras: Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdió sus bienes viviendo perdidamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba (Lucas 15:11—16).

¿Por qué dejó el hogar este joven? Puede ser que no le gustaban las restricciones que le imponía su padre. Puede ser que estaba cansado del trabajo y de la responsabilidad. Puede ser que deseaba ver el mundo. Por la razón que fuera, lo cierto es que se fue lejos a una provincia apartada, y el resultado fue desastroso.

Cuando pienso en esta conocida historia, pienso en los miles de casos multiplicados que han seguido el ejemplo del hijo pródigo. Pienso en los jóvenes, tanto varones como mujeres, criados por padres piadosos, que creen que se están perdiendo de algo en la vida, y se van lejos a la distante provincia del pecado. Pienso en los miles de jóvenes que cada año llegan a la conclusión de que sus hogares son demasiado restrictivos, por lo cual se fugan de casa y destrozan los corazones de sus padres. Pienso en los que creen que pueden escapar del dolor de la vida por la vía de las drogas y del alcohol.

Por supuesto, los jóvenes no son los únicos que tratan de escapar a una tierra lejana. Esposos y esposas que se sentían atrapados en sus matrimonios han dejado a sus parejas y devastado sus vidas. Padres y madres se han cansado de las responsabilidades de la paternidad y han abandonado a sus familias. Cristianos que despertaron una mañana convencidos de que «se había acabado toda la diversión de la vida» nos han dejado asombrados al abrazar estilos de vida mundanos. Predicadores, ancianos y diáconos han escandalizado a la iglesia cuando su impiedad fue expuesta.

Ninguno de nosotros es inmune. Como miembros que somos del cuerpo de Cristo, podemos «cansarnos» de hacer bien (Gálatas 6:9) e irnos a una provincia distante de inactividad. El hijo pródigo no fue el primero ni el último en irse lejos a la tierra distante de la desobediencia y el desperdicio de recursos. Tampoco fue el primero ni el último en sufrir las consecuencias.

Cuando pienso en la historia del hijo pródigo, también pienso en David y el período más extraño y anormal de su vida: los dieciséis meses que vivió con los filisteos. En el número anterior, estudiamos 1° Samuel 26, un capítulo que relata la segunda vez que David le perdonó la vida a Saúl. El capítulo 27 comienza así:

Dijo luego David en su corazón: Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl; nada, por tanto, me será mejor que fugarme a la tierra de los filisteos, para que Saúl no se ocupe de mí, y no me ande buscando más por todo el territorio de Israel; y así escaparé de su mano. Se levantó, pues, David, y con los seiscientos hombres que tenía consigo se pasó a Aquis hijo de Maoc, rey de Gat. Y moró David con Aquis en Gat, él y sus hombres, cada uno con su familia [. . .] (versos 1—3).

La primera vez que David comenzó a huir, él pidió asilo a Aquis, rey de Gat. Esa vez David apenas pudo salvar su vida por medio de fingirse loco (1ª Samuel 21:10—15). Esta vez ya habían pasado casi nueve años, y la situación había cambiado. Era conocido el odio que le tenía Saúl a David. También, David llevaba consigo un ejército bastante grande, ejército que supuestamente pondría al servicio de Aquis. Esta vez, David tuvo una recepción diferente en Gat, por lo que sus hombres, y las familias de estos, establecieron su hogar en Filistea. Y «fue el número de los días que David habitó en la tierra de los filisteos, un año y cuatro meses» (27:7).

Para apreciar cuán incongruente era lo anterior, necesitamos entender quiénes eran los filisteos, y cuán mortales enemigos eran ellos del pueblo de Dios. Vivían en la tierra de Canaán, sobre el litoral del Mar Mediterráneo, en la región sudoeste del país (vea el mapa en la página 51). Eran un pueblo idólatra, que adoraban a Dagón (mitad hombre y mitad pez) y a Astarot. A pesar de que la tierra de Filistea era relativamente pequeña, sus centros de comercio estratégicamente situados daban sustento a una gran población, y constituían un poderoso e influyente pueblo.

Cuando Josué llevó a los hijos de Israel a Canaán, ellos no fueron capaces de hacerse con el dominio de las grandes ciudades filisteas, ni de mantener ese dominio.⁷ Durante el turbulento período de los jueces, una y otra vez los filisteos tomaron la porción sur de Israel. En cierto momento ellos dominaron la tierra durante cuarenta años. Para entender en alguna medida el carácter de los filisteos, recuerde la astucia de Dalila, una belleza filistea, y el cruel castigo que los filisteos impusieron sobre Sansón, después que este perdió su fuerza.

En el tiempo de Samuel, los filisteos ganaron una gran victoria sobre el pueblo de Dios y capturaron el arca, el símbolo más sagrado de la religión de los israelitas. Los filisteos se llevaron el arca a Asdod y la exhibieron desdeñosamente en el templo de Dagón. Cuando Saúl llegó al trono, los filisteos tenían una guarnición en Gabaa, en el corazón de Judá, desde la cual asaltaban a Israel en todas las direcciones. En esta serie hemos hecho notar algunos de los muchos

conflictos que se suscitaban con los filisteos. Veremos más de estos antes que termine esta serie.

Si los filisteos se hubieran salido con la suya, el pueblo escogido de Dios habría llegado a su fin, y el nombre de Jehová no se habría vuelto a pronunciar jamás. Lo deja a uno anonadado el hecho de que David se fuera a vivir en medio de este pueblo pagano, impío y adorador de ídolos. Sin embargo, eso fue exactamente lo que hizo. Mil años antes que Jesús contara la historia del hijo pródigo, David «se fue lejos a una provincia apartada» —lejos, no en el sentido geográfico, sino en el sentido moral, espiritual y teológico. Nosotros también, a veces «emprendemos viaje a una provincia apartada», apartada de lo que se nos ha enseñado, apartada de lo que hemos creído, apartada del estilo de vida que hemos vivido anteriormente.

En esta lección queremos contestar tres preguntas: 1) ¿Por qué se fue David? 2) ¿Qué resultados obtuvo? 3) ¿Cómo hizo David para volver? Puede que nos ayude a entender en alguna medida por qué nosotros nos vamos a una provincia apartada, y cómo podemos hallar el camino para volver.

LAS RAZONES QUE TUVO DAVID PARA IRSE LEJOS (1ª SAMUEL 27:1—3)

La primera pregunta que debemos contestar es esta: «¿Por qué se fue David a vivir con los filisteos?». La respuesta obvia es que deseaba alejarse de Saúl (27:1). Al analizarlo desde ese punto de vista, se puede observar cierto ingenio mundano en la decisión. David, en efecto, escapó de mano de Saúl (27:4). Por primera vez, después de varios años, él y su familia no estaban teniendo que trasladarse constantemente, y podían vivir una vida normal.

Sin embargo, según el comentario que hace un autor, de 27:1, «David flaquea en su fe [...] y [...] se siente obligado a buscar seguridad fuera de las fronteras de Israel». «¿David flaquea en su fe?». Entre más estudio este incidente, más convencido estoy de lo acertado del comentario. Considere estos hechos: Dios le había prometido a David que él sería el próximo rey, y que estaría con él. Jonatán, Saúl y Abigail creían que David sería el próximo rey. Saúl había perseguido a David por casi nueve años sin capturarlo una sola vez, porque «Dios no lo entregó en sus manos» (1ª Samuel 23:14).

David sabía todo esto. El a menudo habló de que la mano de Dios estaba en todo lo que sucedía en su vida. ¿Cuántos indicios más se podían dar para probarle a David que él no iba a perecer un día por la mano de Saúl (27:1)?

Sin embargo, me imagino a David levantándose una mañana nubosa y gris, después de una mala noche. Al sentarse encorvado a tomar su desayuno de queso de cabra, con un pedazo de pan frío, observó el desorden de su campamento y los demacrados rostros de sus esposas, y pensó: «No podemos seguir así, a la espera de que el ejército de Saúl se abalance sobre nosotros en cualquier momento. Esto no es vida. Saúl no va a estar contento hasta verme muerto». Suspiró, mirando hacia el oeste. «No nos queda otra opción. Tenemos

que salir del país». Se levantó despacio, como un hombre envejecido antes de tiempo, y dio la orden de trasladar el campamento.

Dijo luego David en su corazón: Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl; nada, por tanto, me será mejor que fugarme a la tierra de los filisteos, para que Saúl no se ocupe de mí, y no me ande buscando más por todo el territorio de Israel; y así escaparé de su mano (27:1—2).

Note que David «dijo [...] en su corazón». David no consultó al Señor cuál era Su voluntad; David habló consigo mismo. Después, note que los pensamientos de David fueron sobre él mismo:

«Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl; nada, por tanto, me será mejor que fugarme a la tierra de los filisteos, para que Saúl no se ocupe de mí, y no me ande buscando por todo el territorio de Israel; y así escaparé de su mano». Cuando los pensamientos de uno giran en torno a sí mismo y su preocupación es por lo que más conviene a uno y no a la causa del Señor, dos resultados se producirán: Uno flaqueará en su fe, y la provincia apartada parecerá cada vez más deseable.

El irse a una provincia apartada siempre está relacionado con un problema de falta de fe —falta de fe en los padres, en el matrimonio, en personas con las cuales tratamos, e incluso en nosotros. Detrás de todo ello, sin embargo, hay una falta de fe en Dios —en lo que Dios ha dispuesto según se revela en Su palabra y, en el cuidado providencial de Dios.

ALIVIO PARA EL ESPÍRITU (1ª SAMUEL 27.4)

Después de recalcar que la razón primordial por la que David se mudó a Filistea fue la falta de fe, mi siguiente punto les sorprenderá a algunos: El resultado inmediato de la decisión de David fue que obtuvo lo que desesperadamente deseaba: alivio temporal. Esto es lo que leemos en 27:4: «Y vino a Saúl la nueva de que David había huido a Gat, y no lo buscó más». David ya no tenía que pasarse cada minuto del día mirando por encima del hombro. El y su familia podían vivir en una casa como gente civilizada. Podía dormir sin temor de que un agresor le rebanara la garganta de noche.

Este es uno de los atractivos de irse lejos a una provincia apartada: A menudo se obtiene un alivio inmediato de una situación que consideramos intolerable. Cuando el hijo pródigo se fue lejos a una provincia apartada, ya no tenía que dar cuenta de sus actos a nadie; no tenía que pedirle dinero a nadie; no tenía responsabilidades. Cuando uno se siente atrapado en un matrimonio, y hace abandono de su cónyuge, se experimenta de inmediato una enorme sensación de bienestar. Cuando las cargas de la paternidad llegan a ser agobiantes y uno echa de sí esas responsabilidades, su espíritu se llena de alivio. Cuando uno se siente agobiado por la vida y escapa al mundo de las drogas y el alcohol, por el momento el dolor desaparece —y parece maravilloso. Cuando uno se cansa de servir al Señor y anuncia: ¡Busquen a otro que enseñe mi clase o haga esta obra! ¡Yo renuncio!», la sensación de alivio puede producir una gran satisfacción.

¿Acaso estoy recomendando que la gente se vaya a una provincia apartada para obtener alivio? No es así. Lo que estoy haciendo es tratando de ser realista. El autor de Hebreos habló de «los deleites [...] del pecado» (11:25), y nosotros bien podríamos reconocer que el pecado puede ser atractivo. A veces los «deleites» son más internos que externos. A veces lo que hacen es más tranquilizar el alma que satisfacer la carne.

¿Y cuál es el problema con recibir alivio de esta manera? El problema es doble. En primer lugar, el alivio que se recibe desobedeciendo a Dios es tan solo alivio temporal. Cuando el autor de Hebreos habló de «los deleites [...] del pecado», les llamó «deleites pasajeros del pecado». La KJV hace notar que son «deleites de temporada»,⁶ es decir, deleites que duran solamente un poco de tiempo. Por eso fue que dije que «el resultado inmediato de la decisión de David fue que obtuvo [...] alivio temporal».

En segundo lugar, cuando uno obtiene alivio al costo de desobedecer a Dios, es un precio muy alto el que paga por tal alivio. Tal vez haya oído usted la divertida historia que cuenta Jerry Clower, acerca de un hombre que está subido en un árbol tratando de mantener quieto a un gato montés, para que otro hombre en tierra pueda hacerle un disparo certero al animal. Por último el hombre que está en el árbol le grita a su amigo: «¡Dispáranos a los dos, para que por lo menos uno de nosotros pueda obtener algún alivio!». Cuando Jerry lo cuenta, es graciosísimo. Nos compadecemos por el apuro que pasaba el hombre que tenía «agarrado a un gato montés por la cola». Reconocemos, sin embargo, que era un precio muy alto el que hubiera pagado, por el alivio que buscaba.

Puede que usted se encuentre en alguna situación ahora mismo, la cual considera insoportable. Puede que esté pensando: «Daría cualquier cosa a cambio de algún alivio, cualquier clase de alivio». ¡Tenga cuidado, no sea que vaya a pagar demasiado por ese alivio!

LAS CONSECUENCIAS DE HABERSE IDO LEJOS (1ª SAMUEL 27:5—30.6)

El resultado inmediato de la decisión de David fue el alivio temporal. Analicemos ahora los resultados a largo plazo.

Sacrificó la libertad a cambio de la servidumbre

Antes que David llegara a Filistea, él era libre. Era una libertad estresante, pero libertad al fin. Ahora, a cambio del asilo recibido, le juraba lealtad a su benefactor, Aquis, rey de Gat. En 27:5 David se llama a sí mismo «siervo» de Aquis. En los versículos 9 y 10, aun después que David salió de la ciudad de Gat, él tenía que mantener informado a Aquis de sus actividades. Para un hombre con una independencia como la que había tenido David, aun la sumisión simulada que le daba a Aquis debió de haber sido mortificante.

Cuando un joven abandona su hogar para poder vivir como el mundo vive, él exclama: «¡Quiero ser libre!». A menudo, cuando una persona comienza a

experimentar con el alcohol y las drogas ilegales, esto es lo que nos dice: «Usted no me puede decir qué debo hacer; ¡soy libre!». A menudo, cuando una persona desea liberarse de un compromiso matrimonial o de las responsabilidades de la paternidad, esto es lo que dice: «¡Mi alma anhela libertad!». Lo que estas personas no entienden es que están sacrificando las restricciones beneficiosas de la libertad a cambio de las tiránicas cadenas del pecado (Juan 8:34; Romanos 6:16). Puede que el hijo pródigo se haya ido lejos a una provincia apartada a buscar libertad, pero al final se halló a sí mismo sirviendo a «uno de los ciudadanos de aquella tierra» (Lucas 15:15).

Sacrificó su intimidad con Dios a cambio de quedar bien con los hombres

Una vez dentro de Filistea, la relación de David con el Señor se deterioró. Pasó más de un año en el que no se hizo mención de que David consultara a Dios. No hay un solo salmo de David que se atribuya a los días que pasó entre los filisteos; es decir, David dejó de cantar. Esto no sorprende. ¿Cómo podría uno adorar a Dios abiertamente en medio de un pueblo que se oponía a esa adoración? ¿Cómo podría uno vivir de conformidad con los Diez Mandamientos en medio de un pueblo que se deleitaba en quebrantarlos?

Si uno toma la decisión de vivir como el mundo vive, ello destruirá su relación con el Señor (Iera Juan 2:15). Si uno resuelve que lo más importante en la vida es llegar a tener éxito financiero, ello destruirá su relación con el Señor (Mateo 6:24). Si uno vive su vida codeándose con incrédulos, rara vez asociándose con creyentes, ello destruirá su relación con el Señor (Iera Corintios 15:33). No hay qué sorprenderse por ello. Para llevarse bien con el mundo, uno tiene que hablar como el mundo, actuar como el mundo, y hacer al mundo creer que uno piensa como él. Uno tiene que armonizar. El resultado será que cada vez parecerá menos un hijo de Dios, y cada vez parecerá más como un ciudadano del mundo. Es el precio que uno paga por irse lejos a una provincia apartada.

A mí me encanta la magia como pasatiempo. Cuando recién empezaba mi adolescencia, decidí que sería un mago profesional cuando creciera. Cuando le dije a mi madre, ella lo pensó un rato, después me detuvo con esta pregunta: «¿Y dónde harás tus presentaciones?». En aquel tiempo, para poder ganarse bien la vida como mago, la mayoría de ellos tenían que hacer sus presentaciones en los clubes nocturnos. En otras palabras, mi madre me estaba preguntando: «Estás dispuesto a irte lejos a una provincia apartada para ver realizado tu sueño?». Se me había enseñado muy bien, para tomar tal decisión —por lo cual reconsideraré mis planes. Hoy día hay más opciones disponibles para los que deseen ser artistas profesionales, pero sigue siendo cierto que el mundo del espectáculo es una provincia apartada, en la cual es fácil para uno perder su fe. Por cada hijo fiel de Dios que se ha ido lejos a la provincia apartada del mundo del espectáculo, y que ha retenido su fe, puedo nombrar a una docena de ellos que no la han retenido.

No es que esté tratando de imponerle a nadie la ocupación que ha de elegir; sino que estoy pidiéndole que, cual sea la profesión, considere con quién se va a

asociar, los valores que tienen, y el comportamiento que se espera de usted para ser aceptado. También pido que una vez que tome su decisión, si usted empieza a orar menos y a cantar menos alabanzas, que salga corriendo, no caminando, por la salida más cercana. ¡Salga antes de que su relación con Dios sea completamente destruida!

Sacrificó la integridad a cambio de una vida de engaño

Cuando David empezó a huir de Saúl, él actuó de forma un poco necia al comienzo; en su desesperación mintió y fue engañoso. Con el tiempo, en la cueva de Adulam, recuperó su integridad —la cual retuvo durante más de ocho años que anduvo como fugitivo. Era respetado por sus hombres y por los que mejor le conocían (24:17). Ahora, no obstante, David comenzaba a jugar un doble juego; toda su vida llegó a ser una mentira.

Pasados unos días, David vino a Aquis y dijo: «Si he hallado gracia ante tus ojos, séame dado lugar en alguna de las aldeas para que habite allí; pues ¿por qué ha de morar tu siervo contigo en la ciudad real?» (27:5). David se fingía indigno de vivir en la misma ciudad que el rey. En realidad, lo que deseaba era alejarse del ojo siempre vigilante del rey para poder dedicarse a sus actividades sin que lo descubrieran. Las mentiras y el engaño comenzaban a acumularse.

Aquis le dio Siclag a David, una población campestre que estaba al sur de Gat.²³ David, sus hombres, y sus familias se mudaron a ese lugar. David y sus hombres se habían sostenido anteriormente dedicándose al negocio de la protección; ahora se sostenían dedicándose al negocio de la exterminación. No eran insectos ni ratones los que exterminaban; eran personas.

Y subía David con sus hombres, y hacían incursiones contra los gesuritas, los gezritas y los amalecitas [...] Y asolaba David el país, y no dejaba con vida hombre ni mujer; y se llevaba las ovejas, las vacas, los asnos, los camellos y las ropas [...] (27:8—9).

Los gesuritas, los gezritas y los amalecitas vivían al sur de Siclag. Los gesuritas eran un pueblo transitorio que vivía en el desierto entre Filistea y Egipto. No sabemos nada de los Gezritas; esta es la única mención que se hace de ellos. Los amalecitas eran el grupo más importante. Eran un pueblo beduino que descendían de Esaú.² Llegaron a ser una gran nación, un pueblo poderoso. Las tres naciones eran enemigas tanto de Filistea como de Israel.

Alguien podría argumentar que David hizo lo que Josué le mandó a Israel que hiciera: arrojar a los habitantes paganos de la tierra; o argumentar que David hizo lo que a Saúl se le había mandado: «destruir completamente» a los amalecitas (1^a Samuel 15:3, 8—9). Sin embargo, el texto dice que la razón por la que David mataba a todo hombre y mujer (y probablemente a todo niño) no era obedecer a Dios, sino borrar las huellas de sus acciones. Note 27:11: «Ni hombre ni mujer dejaba David con vida para que viniesen a Gat; diciendo: No sea que den aviso de nosotros y digan: Esto hizo David. Y esta fue su costumbre todo el tiempo que

moró en la tierra de los filisteos». Lo anterior era asesinato a sangre fría, asesinato premeditado.

Imagínese que está uno viajando por el desierto. Está caluroso, cansado y sediento. A la distancia ve una ciudad. Se apura a llegar, con la esperanza de hallar refrigerio; pero al acercarse, percibe que algo anda mal. El único sonido que se oye es el gruñido de los perros, y los buitres vuelan en círculos por encima. Cuando llega a los contornos de la ciudad, el viento cambia de dirección y el hedor de muerte lo envuelve a uno. Tratando de no atragantarse, uno avanza algunos metros hasta que alcanza a ver lo que hay sobre la calle mayor. Es una escena que sale de sus peores pesadillas. Por todo lado hay cadáveres desparramados sobre el polvo. A un lado de la calle corre un arroyo que es de color rojo, por la sangre. Los perros salvajes y las aves voraces se pelean el asqueroso banquete. No bien sale uno de la aldea cuando se le vacía el estómago. Cuando reanuda la marcha, una pregunta le pasa por la mente: ¿Quién pudo haber hecho tal cosa? ¿Quién?».

David lo hizo; es decir, «el varón cuyo corazón es conforme al corazón de Dios», que cometió el error de irse lejos a una provincia apartada.

Ese no es el fin de la triste historia. Cuando David regresaba de estas horribles misiones, llevando el botín de guerra, primero iba a Gat a informar al rey Aquis (y es probable que le diera su parte). Cuando David entraba, Aquis le preguntaba: ¿Dónde habéis merodeado hoy? Y David decía: En el Neguev de Judá, y el Neguev de Jerameel, o en el Neguev de los ceneos» (27:10).

«Neguev» significa ((región desértica» o «desierto». Era (y es) la vasta región desértica que se extendía desde Beerseba hasta las altas tierras de la península de Sinaí. («El Neguev de Judá» era un término genérico que se refería a los asentamientos israelitas que se encontraban en el extremo sur de Judá. «El Neguev de Jerameel» habría sido la región desértica que estaba cerca de Hebrón. Los Jerameelitas estaban relacionados con los calebitas, y estrechamente aliados con estos. «El Neguev de los ceneos» habría sido el áspero territorio que estaba al este de Beerseba. Los cencos estaban aliados con Israel desde los tiempos de Moisés; por cierto que el suegro de Moisés, Jetro, era cencho.

En otras palabras, David le dijo a Aquis que él estaba asaltando a los israelitas y a sus aliados —y Aquis le creía. Aquis creía que David le estaba protegiendo su frontera sur, trayéndole presentes y comportándose de una manera que le eliminaba la posibilidad de volver algún día a Judá. Me imagino a Aquis diciéndose con alegría: «El se ha hecho abominable a su pueblo de Israel; y será siempre mi siervo» (27:12). Causa tristeza en el corazón que David se haya convertido en un mentiroso tan capaz —y cuán eficazmente haya engañado al rey. A David le había ofendido que Saúl y Nabal le pagaran mal por bien. Ahora trataba a Aquis del mismo modo. ¡David pagó la hospitalidad de Aquis con las monedas de las mentiras y del engaño!

Cuando uno se va lejos a una provincia apartada, es inevitable que su integridad sufra menoscabo. Puede que uno insista en que va a ir y va a retener sus valores cristianos. Puede que diga: «Es conveniente que me vaya ahora, pero sólo será por un tiempo. Saldré de allí antes que empiece a afectarme». Tome nota de esto: Inevitablemente le afectará.

Sacrificó la claridad de propósito a cambio de la ambigüedad

El capítulo 28 comienza narrando que los filisteos se estaban preparando para una decisiva batalla contra Saúl y los ejércitos de Israel. Aquis hizo venir a David y le dijo: «Ten entendido que has de salir conmigo a campaña, tú y tus hombres» (28.1). En el antiguo oriente medio, el aceptar refugio en un país suponía la obligación de prestar servicio militar.

Considere el dilema que esto significaba para David. El rehusar ir con Aquis expondría su duplicidad. El ir, sin embargo, significaba que David se vería implicado en lo que por años había evitado; tendría que combatir contra el ungido de Dios, sin mencionar que tendría que combatir contra su amigo Jonatán. Esta es la clase de aprieto en la cual se encuentra el hijo de Dios cuando se va lejos a una provincia apartada.

La respuesta de David fue ambigua: «Muy bien, tú sabrás lo que hará tu siervo» (28:2a). Aquis interpretó las palabras de David como una promesa de apoyo, y contestó: «Por tanto, yo te constituiré guarda de mi persona durante toda mi vida» (28:2b).

En otras palabras, «¡te creo, y por tanto pongo mi vida en tus manos!». Sin embargo, lo que David tal vez quería decir era que Aquis pronto «conocería» lo que él podía hacer. ¿Quién sabe lo que David quiso dar a entender? En la provincia apartada, todo se vuelve borroso.

Los filisteos comenzaron a juntar sus fuerzas, muy al norte, en Sunem (28:4); mientras que los israelitas acamparon al otro lado del valle, cerca de la ciudad de Jezreel, en las faldas bajas del monte Gilboa (28:4; vea también 29:1). Al comienzo del capítulo 29 se narra que el grueso del ejército de los filisteos marchó hacia el norte. El versículo 2 hace notar que David y sus hombres cerraban la marcha, yendo a la retaguardia de los soldados de Aquis. El ejército marchó hasta llegar a Afec, a unos 64km de su destino en Sunem. Allí se detuvieron para organizar sus tropas (29:1).

El viaje a Afec tomaba por lo menos tres días. David tenía tres largos días para pensar en el aprieto en el cual se encontraba por la decisión que había tomado de vivir una vida doble. Imagínese sus pensamientos: «¿Qué haré? Mis hombres y yo no podemos combatir contra el ungido de Dios... Puede que entremos en combate, pero sin tocar a Saúl ni a Jonatán. Pero no lo haré, porque esto significaría combatir contra nuestro propio pueblo. Y Dios me ha enseñado que no basta con no herir a Su ungido; debo también impedir que otros le hagan daño... Puede que cuando entremos en la batalla, mis hombres y yo cerremos la marcha y

cuando el combate comience, ataquemos a los filisteos por la retaguardia, mientras el ejército de Saúl los ataca por el frente. Pero no, esto no funcionaría, porque cuando lleguemos al ejército de Saúl, él daría órdenes de matarme. Entonces tendríamos que combatir contra dos ejércitos, en lugar de uno... Tal vez debería simplemente decirle a Aquis que no puedo hacer esto. Pero si se lo digo, todo el ejército de los filisteos se volvería contra nosotros y nos aniquilaría... Puede que tan solo simulemos combatir, pero sin combatir en realidad. Pero si no nos defendemos, ello equivaldría a cometer suicidio... ¿Qué debo hacer? ¿Qué? ¿Qué?!».

En Afec, cuando las últimas tropas llegaron al campamento, los comandantes filisteos vieron que David y sus hombres se encontraban entre los soldados de Aquis. Llenos de enojo, confrontaron a Aquis:

Y dijeron los príncipes de los filisteos: ¿Qué hacen aquí estos hebreos? Y Aquis respondió a los príncipes de los filisteos: ¿No es éste David, el siervo de Saúl rey de Israel, que ha estado conmigo por días y años, y no he hallado falta en él desde el día que desertó a mí hasta hoy? (29:3; NASB).

Note las palabras que usa Aquis para describir las acciones de David: «Desertó a mí». David pudo haber considerado que su refugio en Filistea era una «astuta maniobra militar» o un «recurso práctico»; Aquis lo llamó «deserción». Cuando nos vamos lejos a una provincia distante, podríamos engañarnos a nosotros mismos en cuanto a nuestros motivos, pero a menudo los habitantes pueden vernos más claramente de lo que nos vemos a nosotros mismos.

En este momento, Dios intervino y resolvió la «misión imposible» de David haciendo uso de los instrumentos que menos se esperaba: los comandantes del ejército filisteo. La defensa que hizo Aquis de David no convenció a los oficiales.³⁶ Esto fue lo que le pidieron a Aquis: «Despide a este hombre» (29:4).

Aquis llamó a David y le dijo que aunque confiaba totalmente en él, debido a los comandantes del ejército, David y sus hombres tendrían que devolverse a Siclag. Para mantener su farsa, David tuvo que protestar. Sin embargo, aun su protesta adolecía de cierta ambigüedad: «Y David respondió a Aquis: ¿Qué he hecho? ¿Qué has hallado en tu siervo desde el día que estoy contigo hasta hoy, para que yo no vaya y pelee contra los enemigos de mi señor el rey?» (29:8). La expresión «los enemigos de mi señor el rey» podría referirse a los enemigos de Aquis —o a los enemigos de Saúl.

Cual haya sido el significado de las palabras de David, lo cierto es que David no perdió tiempo y aprovechó la oportunidad que se le presentó. Cuando el sol salió al día siguiente, él y sus hombres estaban marchando de regreso a Siclag, mientras los filisteos seguían hacia su fatídico enfrentamiento con Saúl.

Cuando David volvía a casa, debió de haber tenido una gran sensación de alivio. No obstante, su conciencia debió de haberle remordido por el recuerdo de haber engañado a Aquis y por el generoso elogio y expresión de confianza del rey.

Si uno logra retener su integridad en la vida, aunque no logre nada más, habrá sido un éxito. Por otro lado, si uno pierde su integridad, por más que haya logrado otras cosas, habrá sido un fracaso. Por tanto, resuélvase a vivir de modo tal, que al final de su vida pueda decir: «Yo en mi integridad he andado» (Salmos 26:1—4).

Sacrificó una situación mala, a cambio de otra peor

El viaje que llevó a David lejos a una provincia apartada llegó hasta lo más profundo, cuando él y sus hombres volvieron a Siclag.

Quando David y sus hombres vinieron a Siclag al tercer día, los de Amalec habían invadido el Neguev ya Siclag, y habían asolado a Siclag y le habían prendido fuego [...] Vino, pues, David con los suyos a la ciudad, y he aquí que estaba quemada, y sus mujeres y sus hijos e hijas habían sido llevados cautivos [...] Las dos mujeres de David [...] también eran cautivas (30:1-3, 5).

David había incursionado en las ciudades amalecitas día tras día cuando salía de Siclag hacia el sur. ¿Recuerda usted la escena de la ciudad cuyos habitantes habían sido asesinados todos? Mi abuela solía decir: «En esta vida todo se paga». La incursión de los amalecitas en el Neguev (las regiones del sur de Judá y de Filistea) no estaba fuera de lo normal, pero el haber incendiado y arrasado a Siclag sí lo estaba. A pesar de las precauciones tomadas por David, parece que a los filisteos siempre les llegó la noticia de que David y sus hombres eran responsables de las masacres.

Dele vuelo a su imaginación una vez más. Era una distancia de noventa a cien kilómetros la que había entre Afec y Siclag. Habría sido una dura marcha de tres días. David y sus hombres llegaron a casa cansados y exhaustos, deseando volver a reunirse con sus familias. Sin embargo, al llegar a la cima de la última colina, un clamor de incredulidad se dejó oír. Donde antes había una ciudad, solo ruinas humeantes quedaban. Los hombres se precipitaron cuesta abajo y corrieron por entre el humo y los escombros, gritando los nombres de sus mujeres y de sus hijos. No recibieron respuesta; sólo se oía el lamento del viento que agitaba las brasas.

Temiendo lo peor, los hombres escarbaron entre los escombros aún calientes con sus manos desnudas, escarbando hasta que sus manos se les llenaron de ampollas y ellos sufrieron un colapso por el agotamiento. De sus ojos brotaron lágrimas hirviendo que hicieron caminos en medio del hollín y las cenizas de sus rostros. «Entonces David y la gente que con él estaba alzaron su voz y lloraron, hasta que les faltaron las fuerzas para llorar» (30:4).

En el otoño de 1993, hubo incendios propagándose con furia por algunos sectores de Los Angeles. Se miraba gente volviendo a sus hogares, para encontrar que sólo quedaba poco más que los cimientos de estos. Vimos en los noticieros los rostros de los que contemplaban la escena en el momento que movían sus cabezas y decían:

«Se acabó. Todo se acabó». Otros estaban a punto de sufrir un colapso. Algunos examinaban cuidadosamente las cenizas, esperando encontrar algo que hubiera sobrevivido al holocausto. Estos habrían entendido en alguna medida las emociones que debieron de haber embargado a David y a sus hombres en aquel momento.

Sin embargo, la tragedia de Siclag no acababa allí. Los hombres comenzaron a susurrar entre sí, lanzando miradas asesinas en dirección a David. A los oídos de David llegaron fragmentos de conversación que decían: «¡Esto no hubiera sucedido si nos hubiéramos quedado en Judá!»; «¡Debió haber dejado a algunos de nosotros cuidando a nuestras familias!»; «¡Todo es culpa de David!». El versículo 6 hace notar lo siguiente: «Y David se angustió mucho, porque el pueblo hablaba de apedrearlo, pues todo el pueblo estaba en amargura de alma, cada uno por sus hijos y por sus hijas». Sería posible traducir la frase de modo que diga: «David estaba deprimido». Estaba más solo que cuando llegó a la cueva de Adulam (Salmos 142:4). En ese momento sólo lo rodeaban criaturas que se arrastraban y se deslizaban por el piso; ahora estaba rodeado por seiscientos hombres airados que habían tomado piedras en sus manos. Había huido a Filistea para que Saúl no lo matara; ahora estaba a punto de ser muerto por su propio ejército.

Los primeros días que el hijo pródigo estuvo lejos de su hogar y se vio rodeado de las resplandecientes luces y la gente que se le acercó, no hay duda de que estaba convencido de haber tomado la decisión correcta. Sin embargo, no pasó mucho tiempo para encontrarse en una porqueriza, rodeado de sucios y voraces cerdos, que envidiaban cada trago de caldo sucio que él les pudiera arrebatarse de su comedero. Esta es la forma como lo trata a uno la vida en la provincia apartada. Al principio lo tienta a uno con sus chucherías, y después se las arrebatara. Las drogas prometen un exquisito deleite al comienzo, y después hacen que la vida de uno sea un infierno viviente. El fugarse de casa le promete a uno la libertad, pero después le produce soledad y desesperanza. El divorcio promete alivio, pero después se ríe de uno diciéndole: «¡Pero en realidad no se termina!». No se deje engañar por las promesas de la provincia apartada, ¡porque, de lo contrario, usted también hallará que habrá sacrificado una situación desagradable a cambio de una calamidad!

Sacrificó una influencia positiva a cambio de una negativa

Es necesario recalcar que David no se fue solo a la provincia apartada; llevó a otros consigo (30:2—3). David llevó a seiscientos hombres que se habían unido a su alrededor. Eran una pandilla variopinta de hombres que no eran nadie, y los había moldeado para hacer de ellos una banda muy unida de guerrilleros que lo habrían seguido a cualquier parte. David también llevó las familias de ellos y a su propia familia consigo. Además, cuando su fama se propagó, de las tribus israelitas vecinas vinieron otros a él en Siclag. El resultado inicial fue que todos fueron expuestos a las tentaciones de vivir en una sociedad pagana. Al final, las mujeres y los niños fueron capturados, y los hombres estaban destrozados.

La mayoría de los que se van a una provincia apartada sólo piensan en sí mismos y en sus deseos. «Lo que yo haga es asunto mío», piensan ellos. «No le afectará a nadie». Pero siempre afecta a otros. Cuando el hijo pródigo se fue de casa, dejó atrás a un padre con el corazón destrozado. Cuando uno se va a una provincia apartada, uno pone en peligro todo. No solamente pone en peligro su propia alma; también pone en peligro las almas de los que están más cerca de uno. Si uno, al igual que David, tiene una familia, pone en peligro esa familia. Muchos han cancelado su viaje a una provincia apartada porque al final, encararon sinceramente esta pregunta: «¿Qué le haría esto a mi familia?».

Cual sea el alivio temporal que irse a la provincia apartada le dé a uno, al final, el precio que se paga por ese alivio es demasiado alto. Hay un camino mejor: Quedarse al lado de Dios y aprender a confiar totalmente en El.

RESTABLECIMIENTO DE LA RELACIÓN CON DIOS (1ª SAMUEL 30:6—31)

Dios permite que los problemas entren en nuestra vida, no para que caigamos de espaldas, sino para que caigamos de rodillas. Es cuando caemos de rodillas, que al fin podemos ponernos de pie. Cuando David fue rodeado por aquellos seiscientos hombres con piedras en sus manos, cuando él descendía a las profundidades de la desesperanza, nos encontramos con algo que no se menciona anteriormente en el relato de este año y medio de la vida de David: el nombre de Dios. Al final de 30:6 leemos: «Mas David se fortaleció en Jehová». Anteriormente, cuando David había estado desanimado, Jonatán le «fortaleció su mano en Dios» (23:16). Es decir, le animó en Dios. Ahora David no tenía a Jonatán, pero buscó en lo más profundo de su propio ser y encontró la fuerza que sólo Dios podía darle (Efesios 3:20).

Cuando David se volvió a Dios, las cosas comenzaron a verse mejor. En vista de que él y sus hombres no encontraron cadáveres, consideraron la posibilidad de que sus familias todavía estuvieran con vida.⁴⁶ Además, David y su ejército estaban todavía vivos y podían perseguir a los amalecitas. Todavía tenían esperanza. Entonces David hizo algo que debió haber hecho cuando estaba considerando mudarse a Filistea: «Consultó a Jehová» (30:7—8). Le preguntó a Dios: ¿Perseguiré a estos merodeadores? ¿Los podré alcanzar?». El Señor respondió: «Síguelos, porque ciertamente los alcanzarás, y de cierto librarás a los cautivos» (30:8). La esperanza que había en el corazón de David se convirtió en certeza.

La llamada a la acción fue el antídoto perfecto contra la hostilidad que se estaba generando en el campamento. Los hombres dejaron caer sus piedras, tomaron sus armas y marcharon al sur con David. Los hombres estaban cansados, no obstante. No pasó mucho para que doscientos de ellos sufrieran un colapso. Habría sido fácil para David detenerse. Él y los demás estaban a punto de agotarse. Ya casi no les quedaban provisiones. David ni siquiera sabía dónde estaban los amalecitas; pero como tenía fe en Dios, siguió adelante con los cuatrocientos que le quedaban.

Su fe fue recompensada. Se encontraron con un esclavo egipcio, que había sido abandonado por su amo amalecita para que muriera. Lo reanimaron con fruta seca y agua. Por la Providencia Divina, el esclavo sabía dónde habían ido los amalecitas a celebrar su victoria, Guió a los Israelitas a ellos.

Creyéndose a salvo, los amalecitas habían bajado la guardia. Celebraron toda la noche atracándose con alimento y bebida. David y sus hombres descansaron hasta el amanecer. Luego, cuando el enemigo yacía en estupor, arrasaron con estos. Aunque los amalecitas les sobrepasaban en cantidad, fueron fácil presa para unos hombres resentidos que estaban resueltos a rescatar a sus familias. Dios había dicho que David superaría al enemigo y «recuperaría todo»; y así sucedió.

Y libró David todo lo que los amalecitas habían tomado, y asimismo libertó David a sus dos mujeres. Y no les faltó cosa alguna, chica ni grande, así de hijos como de hijas, del robo, y de todas las cosas que les habían tomado; todo lo recuperó David (30:18—19; énfasis nuestro).

Los hombres que habían estado a punto de apedrear a David, cantaban ahora una canción diferente. Vieron esto como victoria de David y dieron voces diciendo: «Este es el botín de David» (30:20). David, no obstante, sabía que el autor de la victoria había sido Dios. Con estas palabras se refirió a la victoria: «Lo que nos ha dado Jehová, quien nos ha guardado, y ha entregado en nuestra mano a los merodeadores que vinieron contra nosotros» (30:23; énfasis nuestro). Compartió el botín con los doscientos que no habían podido ir a la batalla, y con ciudades que estaban al sur de Judá.

Dios estuvo allí cuando David tuvo necesidad de Él. Esta es una verdad que necesitamos oír una y otra vez: Nuestro Padre es el Dios de la segunda oportunidad. Al igual que el padre del hijo pródigo, que corrió para recibirlo, y se echó sobre su cuello, Dios envolvió nuevamente a David en Sus brazos amorosos y protectores. David estaba otra vez encarrilado espiritualmente.

No digo esto porque desee animar a alguno a pensar que Dios sea alguien de quien podamos desentendernos mientras no lo necesitemos, alguien que, cuando nos volvemos a El, automáticamente nos bendecirá. No es por eso que lo estoy diciendo. La Biblia habla claro en cuanto a los peligros de abandonar a Dios. Lo digo, más bien, para animar a todo el que se encuentre en una provincia apartada, que cree que puede ser demasiado tarde, y que no hay esperanza. Venga a casa a Dios. Al igual que el hijo pródigo que «volvió en sí» (Lucas 15:17), confiese el pecado de su vida, arrepíentase de él (Lucas 15:17—19, 21), y venga a casa. ¡Dios está presto para recibirle otra vez!

EL REGRESO A CASA (2ª SAMUEL 2:1—4)

David había sobrevivido como un don nadie en el pasto trasero; había sobrevivido sus días de gloria después de dar muerte a Goliat; había sobrevivido diez años como fugitivo. Había aprendido lecciones esenciales a base de cometer

errores. Se había graduado con honores en la «escuela de los duros golpes de la vida». Había llegado la hora de ser el rey. Había llegado la hora de ir a casa.

El comienzo de 2ª Samuel halla a David, a sus hombres y a las familias otra vez en Siclag. Habían estado allí dos días, sin duda escarbando entre los escombros para ver qué podían rescatar, y haciendo planes para reconstruir. Al tercer día, un amalecita⁵⁶ llegó dando traspies al campamento. Dijo que venía del campo de batalla y que Saúl y Jonatán estaban muertos. David y sus hombres estaban destrozados de corazón. David escribió un lamento en memoria de Saúl y de Jonatán, con el tema: «¡Cómo han caído los valientes!».

La muerte de Saúl le abrió dos puertas a David. Primero, le abrió las puertas de la libertad. Con Saúl muerto, él podía dejar de andar huyendo y podía volver a su pueblo. En segundo lugar, le abrió la puerta del palacio. David podía ahora ser el rey. El antiguo David habría dicho: «No hay duda de que Dios hizo posible esto», y se habría ido a casa sin titubeo alguno. El David que había sobrevivido a la provincia apartada, más bien, decía: «Déjenme confirmar para estar seguro de cuál es la voluntad de Dios para mí». Esta es probablemente la lección más importante que David aprendió en sus años como fugitivo. Lo preparó para ser el dirigente del pueblo de Dios.

Después de esto aconteció que David consultó a Jehová, diciendo: ¿Subiré a alguna de las ciudades de Judá? Y Jehová le respondió: Sube. David volvió a decir: ¿A dónde subiré? Y él le dijo: A Hebrón. David subió allá, y con él sus dos mujeres [...] Llevó también David consigo a los hombres que con él habían estado, cada uno con su familia; los cuales moraron en las ciudades de Hebrón (2:1—3).

Hebrón era una de las ciudades a las cuales David había enviado presentes (1ª Samuel 30:31), la ciudad que se convertiría en su primera capital. David había vuelto por fin a casa, había salido de la provincia apartada.

CONCLUSIÓN

El hijo pródigo volvió a casa y fue recibido otra vez en el seno de la casa de su padre. David volvió a casa—y Dios lo hizo rey (2ª Samuel 2:4). Si usted está en una provincia apartada, espero que los ejemplos de estos le animarán a volver a casa hoy mismo.

Algo mejor que volver a casa, después de haber estado en una provincia apartada, es no haber ido allí desde un principio. Si usted está siendo tentado a irse lejos a esa provincia apartada, espero que lo que le sucedió al hijo pródigo y a David le hará reconsiderar. No todos vuelven como ellos. Sobre el paisaje de esa tierra yacen los cadáveres espirituales de los que jamás volvieron a casa.

Si usted se encuentra en una provincia apartada, la palabra de Dios para usted es: «Arrepiéntete y ruega a Dios; vuelve a Dios y a Su pueblo» (Hechos 8:22; Santiago 5:16). ¡Hágalo mientras pueda! Ahora, si, por otro lado, está usted

acariciando la idea de irse lejos a la provincia apartada, deténgase y considere las consecuencias de sus acciones. Una vez hecho lo anterior, ¡No se vaya! – Fin

cisnerosme@yahoo.com.mx <http://henrycis.net>